

William Faulkner

Desciende, Moisés

Traducción de María Coy



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Título original: *Go Down, Moses*

Esta edición se ha hecho por acuerdo con Random House, una división de Penguin Random House LLC.

Primera edición: 2004

Segunda edición: 2017

Diseño de colección: Estudio de Manuel Estrada con la colaboración de Roberto Turégano y Lynda Bozarth

Diseño de cubierta: Manuel Estrada

Ilustración de cubierta: Afroamericano sentado a la puerta de su cabaña con un niño blanco de pie junto a él (ca. 1939)

© Buyenlarge / Getty Images

Selección de imagen: Carlos Caranci Sáez

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiasen, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Copyright © 1940, 1941, 1942 by William Faulkner. Copyright renewed © 1942 by The Curtis Publishing Company.

Copyright renewed © 1968, 1969, 1970 by Estelle Faulkner and Jill Faulkner Summers

© de la traducción: María Coy Girón, cedida por Ediciones Cátedra (Grupo Anaya, S.A.)

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2004, 2017

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15

28027 Madrid

www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-9104-732-2

Depósito legal: M. 8.968-2017

Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

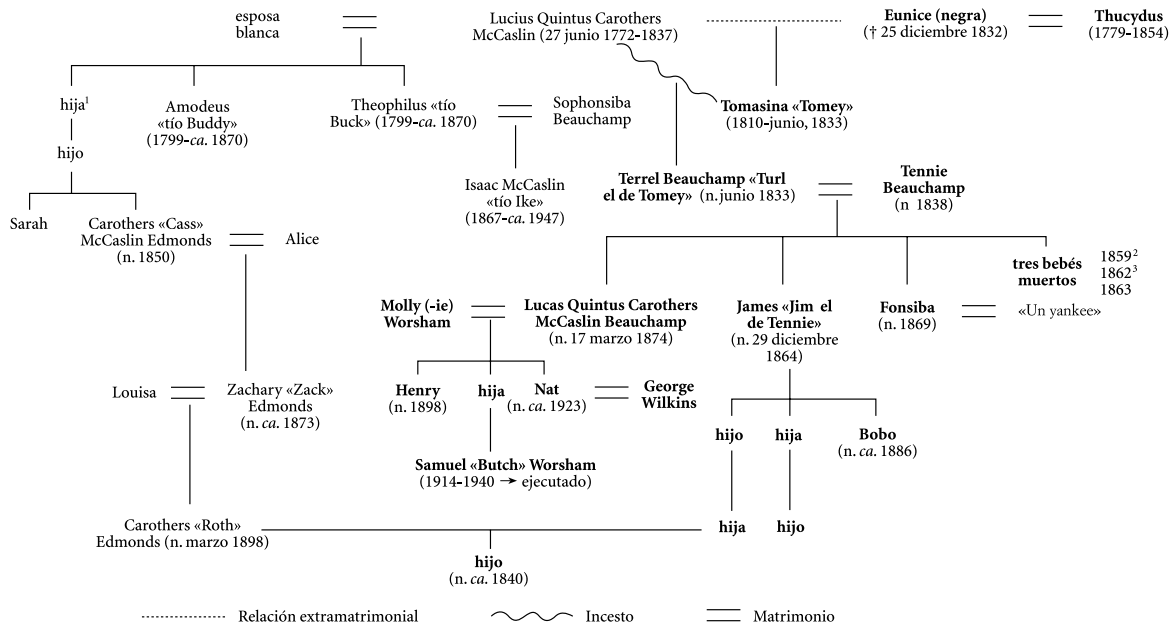
Índice

- 11 Fue
- 42 El fuego y el hogar
- 152 «Pantaloón» de negro
- 181 Los viejos del lugar
- 209 El oso
- 371 Otoño en el Delta
- 406 Desciende, Moisés

*A Mami
Caroline Barr
Mississippi
1840-1940*

*que nació en la esclavitud y
que dio a mi familia una fidelidad
sin límite ni cálculo de recompensa
y a mi niñez inconmensurables
devoción y amor.*

GENEALOGÍA DE LOS McCASLIN



1. Su nombre no aparece en ninguna obra, pero en una genealogía manuscrita con la letra de Faulkner se la llama Mary (véase James B. Merrywether, *The Literary Career of William Faulkner*, pág. 31, entrada 177), casada con Isaac Edmonds («Zack»).
2. Amodeus McCaslin Beauchamp.
3. Callina Beauchamp.

Fue

1

Isaac McCaslin, el «tío Ike», que había pasado de los setenta y andaba más cerca de los ochenta de lo que él ya reconocía, actualmente viudo y tío de medio condado y padre de nadie

esto no fue algo en lo que él participara ni tan siquiera viese por sí mismo, sino por su sobrino mayor que él, McCaslin Edmonds, nieto de la hermana del padre de Isaac y, por tanto, descendiente de la rama femenina de la familia y a pesar de ello heredero, y llegado el momento legatario, de aquello que algunos habían creído entonces y otros seguían creyendo que debería haber sido de Isaac, dado que era su apellido el que figuraba en el título de la tierra que se había concedido por primera vez en la patente india y su apellido era el que algunos de los descendientes de los esclavos de su padre aún ostentaban en la región.

Pero Isaac no era uno de éstos: viudo desde hacía veinte años, no había poseído en toda su vida más que un objeto aparte de lo que pudiera llevar en los bolsillos y en las manos a la vez, y éste era un estrecho catre de hierro y el delgado colchón lleno de manchas que usaba para acampar en el bosque cuando iba a cazar ciervos y osos o cuando iba a pescar o cuando iba simplemente porque le encantaba el bosque; que no tenía ninguna propiedad y nunca la deseó puesto que la tierra no era de ningún hombre sino de todos los hombres, como lo eran la luz y el aire y las estaciones; que vivía aún en el barato bungalow de tablas ensambladas en Jefferson, que el padre de su mujer les había dado cuando se casaron y que su mujer le había legado a su muerte y que él había simulado aceptar, recibir, para complacerla, para aliviar su marcha, pero que no era suyo, testamento o no, juzgado de últimos deseos propiedades de manos muertas o lo que quiera que fuese, y que él simplemente conservaba para la hermana de su mujer y los hijos de ésta que habían vivido con él desde la muerte de su mujer, y se consideraba muy satisfecho de vivir en una habitación de la casa como lo había hecho en vida de su mujer o lo había hecho ésta cuando vivía o la cuñada y sus hijos durante el resto de la vida de Isaac y después

no era algo en lo que él hubiese participado ni tan siquiera recordaba excepto por haberlo oído y escuchado a través de su sobrino McCaslin que había nacido en 1850 y le llevaba dieciséis años y de ahí que, teniendo su propio padre cerca de setenta años cuando Isaac, hijo único, había nacido, fuera más bien como un hermano que como un sobrino o más aún como un padre, de viejos tiempos, de días pasados

2

Cuando él y el tío Buck volvieron corriendo a casa tras descubrir que Turl el de Tomey se había vuelto a escapar, oyeron al tío Buddy jurando y vociferando en la cocina, entonces el zorro y los perros salieron de la cocina y cruzaron el vestíbulo hacia la habitación de los perros y les oyeron correr por dicha habitación y entrar en la de él y el tío Buck, luego les vieron cruzar de nuevo el vestíbulo en dirección al cuarto del tío Buddy y les oyeron correr por él y volver a la cocina y esta vez el ruido fue como si la chimenea de la cocina se hubiera desplomado y el tío Buddy bramó como la sirena de un barco de vapor y esta vez el zorro y los perros y cinco o seis palos de madera ardiendo salieron a la vez de la cocina, con el tío Buddy en medio de todos ellos, dando golpes a todo lo que tenía a su alrededor con otro palo. Fue una buena carrera.

Cuando él y el tío Buck corrieron a su habitación por la corbata de éste, el zorro se había refugiado detrás del reloj en la repisa de la chimenea. El tío Buck cogió la corbata del cajón y apartó los perros a patadas, cogió al zorro por el cogote y lo volvió a meter en el cajón de debajo de la cama y volvieron a la cocina, donde el tío Buddy estaba recogiendo el desayuno de entre las cenizas y sacudiéndolo con su delantal.

–¿Qué diablos pretendes –dijo– dejando salir a ese maldito zorro con todos los perros sueltos por la casa?

–Deja en paz al zorro –replicó el tío Buck–. Turl el de Tomey se ha vuelto a escapar. Danos a mí y a Cass algo de desayunar rápidamente. Con suerte podremos pillarle antes de que llegue allí.

Porque sabían con exactitud adónde había ido Turl el de Tomey, iba al mismo sitio cada vez que podía escapar, que solía ser un par de veces al año. Se dirigía a la propiedad del señor Hubert Beauchamp, justo en el límite del siguiente condado, que la hermana del señor Hubert, la señorita Sophonsiba (el señor Hubert también era soltero, como los tíos Buck y Buddy), seguía intentando que la gente llamara Warwick, como el lugar en Inglaterra del que ella decía que el señor Hubert era probablemente el verdadero conde, sólo que él nunca había tenido orgullo suficiente, por no hablar de energía, para molestarse en establecer sus justos derechos. Turl el de Tomey iría allí para ver a la chica del señor Hubert, Tennie, hasta que alguien saliera y lo cogiera. No podían conseguir que se quedara en casa comprando a Tennie al señor Hubert porque el tío Buck decía que él y el tío Buddy tenían ya tantos negros que apenas podían andar por sus propias tierras sin tenerlos que apartar y tampoco podían vender a Turl el de Tomey al señor Hubert porque éste no sólo decía que no compraría a Turl el de Tomey, sino que no aceptaría a ese maldito McCaslin medio blanco en su propiedad como regalo, ni siquiera aunque el tío Buck y el tío Buddy pagaran su manutención. Y si alguien no iba a coger a Turl el de Tomey inmediatamente, el propio señor Hubert lo devolvería y traería a la señorita Sophonsiba y se quedaría durante una semana o más y la señorita Sophonsiba viviría en la habitación del tío Buddy y éste tendría que salir de la casa y dormir en una de las cabañas donde se solían alojar los negros en el tiempo de su bisabuelo, hasta que éste murió y el tío Buck y el tío Buddy trasladaron a todos los

negros a la gran casa que su bisabuelo no había tenido tiempo de terminar, y ni siquiera cocinaría mientras estuvieran allí y ni siquiera iría a la casa excepto para sentarse en el porche delantero después de cenar, sentándose en la oscuridad entre el señor Hubert y el tío Buck hasta que, después de un rato, incluso el señor Hubert dejaría de decir cuántos negros y acres de terreno más pensaba añadir a lo que le daría a la señorita Sophonsiba cuando se casara, y se iban a la cama. Y una vez a medianoche el verano pasado el tío Buddy que por casualidad estaba despierto oyó al señor Hubert salir de las caballerizas y para cuando los despertó a todos y tuvieron a la señorita Sophonsiba despierta y vestida, y el tiro enganchado al carro, y alcanzaron al señor Hubert era casi de día. De modo que siempre eran él y el tío Buck los que iban por Turl el de Tomey porque el tío Buddy nunca iba a ningún lado, ni siquiera a la ciudad y ni siquiera a recoger a Turl el de Tomey de la propiedad del señor Hubert, aunque todos sabían que el tío Buddy podía haber corrido el riesgo diez veces más de lo que habría osado el tío Buck.

Desayunaron a toda prisa. El tío Buck se puso la corbata mientras corrían al corral por los caballos. La única vez que llevaba corbata era a cuenta de Turl el de Tomey y ni siquiera la había sacado del cajón desde aquella noche del pasado verano en que el tío Buddy les había despertado en la oscuridad y había dicho «levantaos de la cama a escape». El tío Buddy ni siquiera tenía corbata; el tío Buck decía que el tío Buddy no correría ese riesgo ni siquiera en una zona como la suya, donde las señoras eran tan escasas, a Dios gracias, que un hombre podía cabalgar días y días en línea recta sin tener que esquivar ni a una sola. Su abuela

(ella era la hermana del tío Buck y el tío Buddy; le había criado tras la muerte de su madre. Era de allí de donde había salido su nombre de pila: McCaslin, Carothers McCaslin Edmonds) decía que el tío Buck y el tío Buddy usaban la corbata sólo como otra forma de retar a la gente a decir que parecían gemelos, porque incluso a los sesenta años seguían peleando con cualquiera que afirmara que no los podía distinguir; a lo cual su padre había contestado que cualquier hombre que hubiera jugado una vez al póker con el tío Buddy nunca volvería a confundirlo con el tío Buck ni con cualquier otro.

Jonás tenía los dos caballos ensillados y esperando. Cuando el tío Buck montaba a caballo no parecía en absoluto que tuviera sesenta años; delgado y activo como un gato, con la cabeza redonda de pelo blanco muy corto y los duros ojillos grises y la mandíbula blanca sin afeitarse, el pie en el estribo y el caballo ya en marcha, ya corriendo hacia la puerta abierta cuando el tío Buck caía sobre la silla. Él montó también, en su poni de menor alzada, antes de que Jonás pudiera ayudarlo, dándole con los talones para que llevara su propio medio galope, rígido y corto, siguiendo por la puerta al tío Buck cuando el tío Buddy (a quien ni siquiera había visto) salió de la puerta y agarró el bocado.

–Vigílate –dijo tío Buddy–. Vigila a Theophilus. En el mismo momento en que algo empiece a ir mal, vuelves a toda prisa a buscarme. ¿Has entendido?

–Sí, señor –respondió–. Ahora déjeme ir. Ni siquiera alcanzaré al tío Buck, por no hablar de Turl el de Tomey...

El tío Buck montaba a Black John, porque si pudieran ver a Turl el de Tomey al menos a una milla de la puerta

del señor Hubert, Black John podría alcanzarlo en dos minutos. Así que cuando llegaron a la larga llanura a unas tres millas de la casa del señor Hubert, allí estaba, seguro que era él, Turl el de Tomey en la mula Jake como una milla más adelante. El tío Buck movió el brazo con la rienda hacia afuera y hacia atrás, frenando, agachado sobre el enorme caballo, con la pequeña cabeza redonda y el cuello nudoso estirados hacia adelante como los de una zancuda.

—Escóndete —murmuró—. Quédate detrás donde no pueda verte y no huya. Yo rodearé los árboles y le acorralaremos en el vado del arroyo.

Esperó hasta que el tío Buck desapareció en el bosque. Entonces continuó. Pero Turl el de Tomey le vio. Se acercó a él demasiado rápido; quizá temía no llegar a tiempo de verle en un aprieto. Fue la mejor carrera que había visto nunca. Jamás había visto a la vieja Jake correr de esa forma, y nadie había visto nunca a Turl el de Tomey ir más deprisa que su paso natural, ni siquiera yendo en mula. El tío Buck gritó una vez desde el bosque, dejándose ver mientras corría, y luego Black John salió de entre los árboles, galopando, aumentando la velocidad, plano como un halcón, con el tío Buck justo detrás de sus orejas ahora y gritando, de forma que parecían exactamente un enorme halcón negro con un gorrión encima, a través del siguiente campo y él también corría; la yegua salió antes de que él ni siquiera supiera que estaba lista, y él también gritaba. Porque, siendo negro, Turl el de Tomey debía haber saltado y echado a correr a pie tan pronto como les hubiera visto. Pero no lo hizo; quizá Turl el de Tomey llevaba huyendo del tío Buck tanto tiempo que incluso se había

acostumbrado a huir como lo haría un hombre blanco. Y fue como si él y la vieja mula Jake hubieran añadido el paso natural de Turl el de Tomey a la mayor velocidad que Jake había alcanzado en su vida, y fue lo justo exactamente para llegar al vado antes que el tío Buck. Porque cuando él y el poni llegaron, Black John estaba sin resuello y cubierto de espuma y el tío Buck había descabalgado, dirigiéndolo en círculos para irlo enfriando y ellos pudieron ya oír el cuerno que anunciaba la comida en casa del señor Hubert a una milla de distancia.

Sólo que al principio Turl el de Tomey parecía no estar tampoco en la casa del señor Hubert. El chiquillo seguía sentado en el poste de la puerta de la cerca, tocando el cuerno —allí no había puerta; sólo dos postes y un niño negro, como él más o menos de tamaño, sentado en uno de ellos, haciendo sonar un cuerno para la caza del zorro—; esto era lo que la señorita Sophonsiba seguía recordando a la gente que se llamaba Warwick, incluso cuando ya sabían desde hacía mucho tiempo que ese nombre era el que pretendía ponerle, hasta el punto de que hasta que no lo llamaban Warwick ella parecía no saber de lo que hablaban y sonaba como si ella y el señor Hubert poseyeran dos plantaciones distintas que cubrían la misma área de terreno, una encima de la otra. El señor Hubert estaba sentado en el cobertizo de la fuente sin botas y con los pies en el agua, bebiendo un ponche. Pero allí nadie había visto a Turl el de Tomey; por un momento pareció como si el señor Hubert no pudiera identificar a la persona de la que hablaba el tío Buck.

—Ah, ese negro —dijo finalmente—. Lo encontraremos después de comer.

Sólo que parecía que tampoco iban a comer. El señor Hubert y el tío Buck tomaron un ponche, después el señor Hubert finalmente mandó decir al chiquillo del poste de la cerca que podía dejar de soplar el cuerno, y él y el tío Buck tomaron otro ponche y el tío Buck seguía diciendo:

–Yo sólo quiero a mi negro. Luego tenemos que volvernos a casa.

–Después de comer –dijo el señor Hubert–. Si no lo encontramos cerca de la cocina, pondremos a los perros tras él. Si ha nacido el perro capaz de encontrarlo, estos podencos Walker darán con él.

Pero al fin una mano empezó a agitar un pañuelo o algo blanco a través de la parte rota de una contraventana del piso de arriba. Fueron a la casa cruzando el porche posterior, y el señor Hubert les avisó otra vez, como siempre hacía, de que llevaran cuidado con las tablas del suelo podridas que aún no había encontrado el momento de hacer arreglar. Entonces esperaron en el vestíbulo, hasta que enseguida se oyó un sonido tintineante y susurrante y se empezó a notar el olor a perfume y la señorita Sophonsiba bajó las escaleras. Tenía el pelo recogido bajo una cofia de encaje; llevaba el vestido y las joyas de los domingos y una cinta en el cuello y una negrita llevaba su abanico y él se quedó en silencio un poco detrás del tío Buck, mirándole los labios hasta que los abrió y le pudo ver el diente rojizo. Nunca antes había conocido a nadie que tuviera un diente rojizo y recordó que en una ocasión su abuela y su padre estaban hablando del tío Buddy y el tío Buck y su abuela dijo que la señorita Sophonsiba había madurado hasta convertirse una vez en

una mujer guapa. Quizá lo había sido. Él no lo sabía. No tenía más que nueve años.

—Pero si está aquí el señor Theophilus —dijo—. Y McCaslin —dijo. Ella nunca le había mirado y no se estaba dirigiendo a él y él lo sabía, aunque estaba preparado y equilibrado para hacer una reverencia cuando la hiciera el tío Buck.

—Bienvenidos a Warwick.

Él y el tío Buck hicieron la reverencia.

—Sólo he venido a recoger a mi negro —dijo el tío Buck—. Luego tenemos que volver a casa.

Entonces la señorita Sophonsiba dijo algo de un abejorro, pero de eso no se acordaba. Fue excesivamente rápido y eran demasiadas cosas a la vez, los pendientes y collares entrechocando y tintineando como pequeñas cadenas del tiro de una mula de juguete trotando y el perfume más fuerte también, como si los pendientes y collares lo esparcieran cada vez que se movían y él miraba el diente rojizo que le aparecía y brillaba entre los labios; algo sobre que el tío Buck era como una abeja libando de flor en flor, sin quedarse en ningún sitio mucho tiempo y toda esa dulzura acumulada para ser desperdiciada en el aire desierto del tío Buddy, llamando al tío Buddy señor Amodeus como llamaba al tío Buck Theophilus, o quizá la miel la estaba almacenando para la llegada de una reina y ¿quién era la afortunada reina y cuándo?

—¿Señora? —dijo el tío Buck.

Entonces el señor Hubert dijo:

—Ja. Una abeja macho. Creo que ese negro le va a tomar por una avispa macho como caiga en sus manos. Pero creo que lo que Buck está pensando en libar en este

momento es salsa de carne y panecillos y una taza de café. Y yo lo mismo.

Fueron al comedor y comieron y la señorita Sophonsiba dijo seriamente ahora que vecinos que vivían a sólo medio día de camino no deberían verse tan poco como se veía al tío Buck y éste dijo: Sí, señora y la señorita Sophonsiba dijo que el tío Buck era un solterón errante y confirmado desde que nació y esta vez el tío Buck incluso dejó de masticar y miró y dijo: Sí, señora, desde luego que lo era, y nacido demasiado tarde para poder cambiar ahora pero al menos podía dar gracias a Dios de que ninguna señora tuviera que sufrir la miseria de vivir con él y el tío Buddy y la señorita Sophonsiba dijo, ah, que tal vez el tío Buck no había conocido aún a la mujer que no sólo aceptara lo que el tío Buck tenía a bien llamar miseria, sino que incluso le hiciera considerar su libertad como un pequeño precio a pagar, y el tío Buck dijo:

–No, señora. Aún no.

Luego él y el señor Hubert y el tío Buck salieron al porche delantero y se sentaron. El señor Hubert ni siquiera había terminado de quitarse de nuevo los zapatos y de invitar al tío Buck a quitarse los suyos cuando salió por la puerta la señorita Sophonsiba llevando una bandeja con otro ponche.

–Maldita sea, Sibbey –dijo el señor Hubert–. Si acaba de terminar de comer. No quiere beber eso ahora.

Pero la señorita Sophonsiba pareció no oírle en absoluto. Se quedó allí, con el diente rojizo no destellando ahora, sino fijo porque no hablaba, alargándole el ponche al tío Buck hasta que después de un rato dijo cómo su papá siempre decía que nada endulzaba el ponche

del Mississippi como la mano de una dama del Mississippi y le preguntó al tío Buck si le gustaría ver cómo ella solía endulzar el ponche de su papá. Cogió el ponche y bebió un poco de él y se lo alargó otra vez al tío Buck y esta vez el tío Buck lo cogió. Hizo otra vez una reverencia y bebió el ponche y dijo que si el señor Hubert iba a echarse, él también se echaría un rato porque por lo que se veía Turl el de Tomey estaba dispuesto a ofrecerles una dura y larga carrera a menos que los perros del señor Hubert fueran considerablemente mejores de lo que solían ser.

El señor Hubert y el tío Buck entraron en casa. Al cabo de un rato él se levantó también y fue hacia la parte de atrás a esperarlos. Lo primero que vio fue la cabeza de Turl el de Tomey deslizándose por encima de la cerca de la vereda. Pero cuando él cruzó el patio para cerrarle el paso, Turl el de Tomey ni siquiera corría. Estaba en cuclillas detrás de un arbusto, mirando la casa, escudriñando a través del arbusto la puerta trasera y las ventanas del piso de arriba, sin susurrar exactamente, pero hablar alto tampoco:

—¿Qué hacen ahora?

—Están durmiendo la siesta —dijo él—. Pero no te preocupes por eso; piensan echarte los perros en cuanto se levanten.

—Ja —dijo Turl el de Tomey—. Pues tú tampoco te preocupes. Ahora tengo protección. Lo único que necesito es evitar que el viejo Buck me eche el guante hasta que me llegue el aviso.

—¿Qué aviso? —dijo él—. Aviso ¿de quién? ¿Te va a comprar el señor Hubert al tío Buck?

—Ja —volvió a decir Turl el de Tomey—. Tengo más protección incluso que el señor Hubert —se puso en pie—. Voy a decirte algo que debes recordar: siempre que quieras que se haga algo, desde segar una cosecha hasta cazar, sólo tienes que poner a las mujeres a ello. Entonces no tienes más que sentarte y esperar. Recuérdalo.

Entonces Turl el de Tomey se fue. Y al cabo de un rato él volvió a la casa. Pero no había más que los ronquidos que salían de la habitación donde estaban el tío Buck y el señor Hubert y algunos ronquidos más suaves procedentes del piso de arriba. Fue al cobertizo de la fuente y se sentó con los pies en el agua como había estado haciendo el señor Hubert, porque dentro de poco haría fresco suficiente para la carrera. Y, tal como pensaba, al cabo de un rato el señor Hubert y el tío Buck salieron al porche posterior, con la señorita Sophonsiba justo detrás de ellos con la bandeja de ponche, sólo que esta vez el tío Buck se bebió el suyo antes de que la señorita Sophonsiba tuviera tiempo de endulzarlo y ella les dijo que volvieran pronto, que todo lo que el tío Buck conocía de Warwick eran los perros y los negros y que ahora que le tenía, quería enseñarle su jardín, sobre el que sólo el señor Hubert tenía algo que decir.

—Sí, señora —dijo el tío Buck—. Yo sólo quiero coger a mi negro. Luego tenemos que volver a casa.

Cuatro o cinco negros trajeron los tres caballos. Podían oír ya a los perros, esperando en la vereda, aún atados por parejas, y montaron y bajaron por la vereda en dirección a los alojamientos, con el tío Buck ya por delante incluso de los perros. Así que nunca supo cuándo y dónde dieron con Turl el de Tomey, si salió de alguna de

las cabañas o no. El tío Buck estaba mucho más adelante montado en Black John y ni siquiera habían puesto a los perros sobre el rastro todavía cuando el tío Buck bramó:

—¡Se ha largado! ¡Por Dios que ha salido de su escondrijo! —y los cascos de Black John sonaron cuatro veces como tiros de pistola mientras se preparaba para salir y luego él y el tío Buck desaparecieron por la colina como si hubieran llegado al límite mismo del mundo. El señor Hubert también vociferaba:

—¡Se ha escapado! ¡Ponedlos sobre el rastro! —y todos se amontonaron y pasaron la cima de la colina justo a tiempo para ver a Turl el de Tomey lejos en la planicie, casi en el bosque, y los perros corriendo colina abajo y desparramándose por la llanura. Ladraron sólo una vez y cuando se arremolinaron alrededor de Turl el de Tomey pareció que intentaban saltar y lamerle la cara hasta que incluso Turl el de Tomey aminoró y él y los perros entraron en el bosque juntos, andando, como si volvieran a casa después de ir a cazar conejos. Y cuando alcanzaron al tío Buck en el bosque, no había rastro de Turl el de Tomey ni de los perros, nada sino la vieja Jake como una media hora después, atada a un matorral con la chaqueta de Turl el de Tomey, haciendo las veces de silla, y cerca de media medida de avena del señor Hubert desparramada por el suelo, que la vieja Jake no había tenido apetito suficiente siquiera para hociocar y volverla a escupir. No hubo carrera en absoluto.

—Pero esta noche le pillaremos —dijo el señor Hubert—. Le pondremos un cebo. Organizaremos un piquete de negros y perros alrededor de la casa de Tennie sobre medianoche y le pillaremos.

—Esta noche, un cuerno —dijo el tío Buck—. Yo y Cass y ese negro vamos a estar a medio camino de casa para cuando oscurezca. ¿No tiene ninguno de tus negros aunque sea un perro sarnoso o algo que siga el rastro de esa jauría?

—¿Y perder aquí en el bosque la mitad de la noche también —dijo el señor Hubert—, cuando puedo apostar-te quinientos dólares a que lo único que tienes que hacer para pillar a ese negro es ir a la cabaña de Tennie después de anocheado y llamarle?

—¿Quinientos dólares? —respondió el tío Buck—. ¡Hecho! Porque ni él ni yo vamos a estar cerca de la casa de Tennie cuando sea de noche. ¡Quinientos dólares! —Él y el señor Hubert se miraron el uno al otro airadamente.

—¡Hecho! —replicó el señor Hubert.

De modo que esperaron mientras el señor Hubert mandaba a uno de los negros a casa montado en Jake, y en una media hora el negro volvió con un pequeño perro negro y rabón y una botella nueva de whisky. Entonces se llegó hasta el tío Buck y le alargó algo envuelto en un trozo de papel.

—¿Qué? —preguntó el tío Buck.

—Es para usted —dijo el negro. Entonces el tío Buck lo cogió y lo desenrolló. Era la cinta roja que había llevado la señorita Sophonsiba en el cuello, y el tío Buck, allí sentado en Black John, sujetando la cinta como si fuera una pequeña víbora de agua, y no quisiera que nadie viera que tenía miedo, parpadeando con rapidez mientras miraba al negro. Luego dejó de parpadear.

—¿Para qué? —preguntó.

—Sólo me dijo que se lo trajera —dijo el negro—. Dijo que le dijera que tuviera éxito.